

REFLEXIONES ACERCA DEL MALESTAR URBANO Y EL PATRIMONIO EDIFICADO

*Marta Olivares Correa**

La actual configuración que se está estableciendo en el mundo a nivel económico, político y social trae consigo muchas implicaciones. Hoy, como desde hace algunos siglos, todo debe repensarse. A pesar de que muchos discursos consideran que se ha superado la modernidad mediante la llamada posmodernidad; este movimiento, en algunas de sus vertientes más sanas y pensantes, lo único que ha hecho es retomar lo que aquélla inaugura: la pasión por las ideas y el vértigo incesante de la crítica.

Sabemos que desde el Renacimiento occidental se desarrolla una nueva actitud hacia el tiempo y el espacio. Ambos se empezaron a concebir asociados, gracias al movimiento propuesto por la perceptiva en la pintura y por la latitud y la longitud en la cartografía. El espacio y el tiempo, una vez coordinados por el movimiento, empezaron a conquistarse sin tregua. Alejado el sujeto del objeto, todo se empezó a medir y, desde entonces, sólo importan los números. En efecto, el capitalismo inaugura nuevos hábitos de abstracción y cálculo, y lleva a los seres de lo tangible a lo intangible mediante el libro de contabilidad, cuya única preocupación son las pérdidas y las ganancias. Las abstracciones sirvieron para buscar poder y como bien señala un autor: El tiempo era dinero: el dinero era poder: el poder exigía el fomento del comercio y de la produc-

ción: la producción iba desviada de los canales de uso directo a aquellos de comercio lejano, hacia la adquisición de mayores beneficios, con un margen más amplio para nuevas inversiones de capital para guerras, conquistas en el extranjero, minas, empresas productivas... más dinero y más poder. Entre todas las formas de riqueza sólo el dinero no tiene límites que se le puedan fijar.¹

Pero afortunadamente, la abstracción, al ser libre, no solamente sirvió para convertir en un simple número al individuo, también sirvió y sigue sirviendo para que el individuo se resista a ese trato inhumano. Ante los abusos y ante las destrucciones provocadas por la razón sólo nos queda recurrir a la propia razón. Es decir, por ejemplo, la destrucción del medio ambiente provocada por la razón tecnológica sólo puede ser corregida por los propios técnicos si estos obedecen más a los intereses humanos de la sociedad en general y no a la pasión por la ganancia. Esto es, habría que ponerlos a trabajar constructivamente y no destructivamente, como hasta ahora han venido haciendo.

Hoy, es demasiado preocupante ver cómo hemos olvidado lo anterior. Por eso, en nuestra época debemos defender lo evidente aun a costa de parecer demasiado simples. La nueva realidad económica, dirigida por banqueros, administradores y gerentes, está logrando instaurar en el mundo un desencanto por las ideas críticas. Los discursos oficiales y no oficiales utilizan un lenguaje neutro,

* CENIDAP



vacuo, transparente, aséptico, como si los problemas humanos ya no existiesen. La nueva realidad va en contra de la memoria; la prohíbe, la persigue, la acosa, la ha convertido en algo de mal gusto. Condena la esperanza emancipatoria y todo impulso intelectual crítico. Todo aquello que cuestione la concentración de capital y la maximización de beneficios es trasnochado, absurdo, estúpido.

A nombre de la paz, el progreso, la eficiencia se pretende ignorar una realidad de horror. La realidad del Tercer Mundo es evidente pero como a menudo la olvidamos, la debemos repetir: "...sus amplios paisajes de devastación ponen abiertamente de manifiesto las consecuencias últimas del discurso político-económico del progreso realmente existente, formulado, diseñado, violentamente impuesto por las sociedades llamadas desarrolladas: el expolio masivo de los recursos naturales, la destrucción ambiental, la creación de reservas geopolíticas destinadas a la acumulación de los detritus letales de la industria del Primer Mundo, junto a los residuos de material humano que, en el panorama de la nueva competitividad técnica, no posee otra dignidad efectiva que la de su función económica residual".²

Desde el surgimiento del capitalismo hasta nuestros días, la pasión por la ganancia no se ha extinguido. Y hoy, al igual que ayer, se disfraza, se esconde, se agazapa bajo múltiples promesas de redención, de eficiencia, de racionalidad. Se asegura un futuro promisorio de "...participación igualitarista en el consumo por el consumo. Pero el orden de una cultura integralmente administrada no ha emancipado la humanidad en orgías universales de consumo. Más bien este principio ha generado más profundas divisiones entre sociedades privilegiadas y predominantes, y sociedades

pobres; y entre naturaleza dominada y devastada, y racionales sistemas tecno-económicos de producción".³

Vistas así las cosas, ¿podríamos referirnos al patrimonio edificado o al patrimonio cultural olvidando todo lo anterior? ¡Por supuesto que no! La pluralidad de discursos encierra la pluralidad de intenciones. Muchas veces lo que se pretende defender más bien se desprecia. Hay quienes pregonan amar la ley pero realmente la abominan. Por ejemplo, nadie puede negar que el crimen representa una amenaza para cualquier sociedad. No obstante, hoy los cerebros inteligentemente voraces, con el pretexto de combatirlo, preparan a la opinión pública para obtener el recrudecimiento de las leyes. Sin embargo, estas "mentes inteligentes" lo que buscan realmente no es evitar el crimen, más bien buscan un mayor número de detenidos para construir cárceles y beneficiar a las compañías constructoras. El asunto es tan grave que en los Estados Unidos voces airadas denuncian ya a "la industria de control del crimen". En efecto, según reporta el *Wall Street Journal*, entre los beneficiados de esta industria "...se encuentran la industria de la construcción, consultorios legales, el floreciente y beneficioso complejo de cárceles privadas, 'los nombres más elevados de las finanzas', tales como Goldman Sachs, Prudential y otros, 'compitiendo para asegurar la construcción de cárceles con *bonds* (obligaciones) privados, exentos de impuestos'; y, para no olvidarse 'el establecimiento de defensa' (*defense establishment*) (Westinghouse, etc), 'olfateando un nuevo campo de negocios' en la supervisión de alta tecnología y sistemas de control del tipo que Big brother habría admirado".

Todo patrimonio edificado pertenece a un contexto y posee una historia. El patrimonio latinoamericano no puede entenderse sin la historia de los países occidentales y sus valores. El concepto de identidad, cultura, nacionalismo, patrimonio, y capitalismo son algunos de ellos.

La civilización occidental es una civilización que cree demasiado en la memoria histórica y, sobre todo, a partir del Renacimiento. Prueba de ello es la preocupación por los acontecimientos pasados, la conservación de los testimonios de todo tipo, la aparición de los museos, etc. Asimismo el surgimiento de los modernos estados soberanos trae aparejada el resurgimiento y fortalecimiento de la idea de patria, nación e identidad.

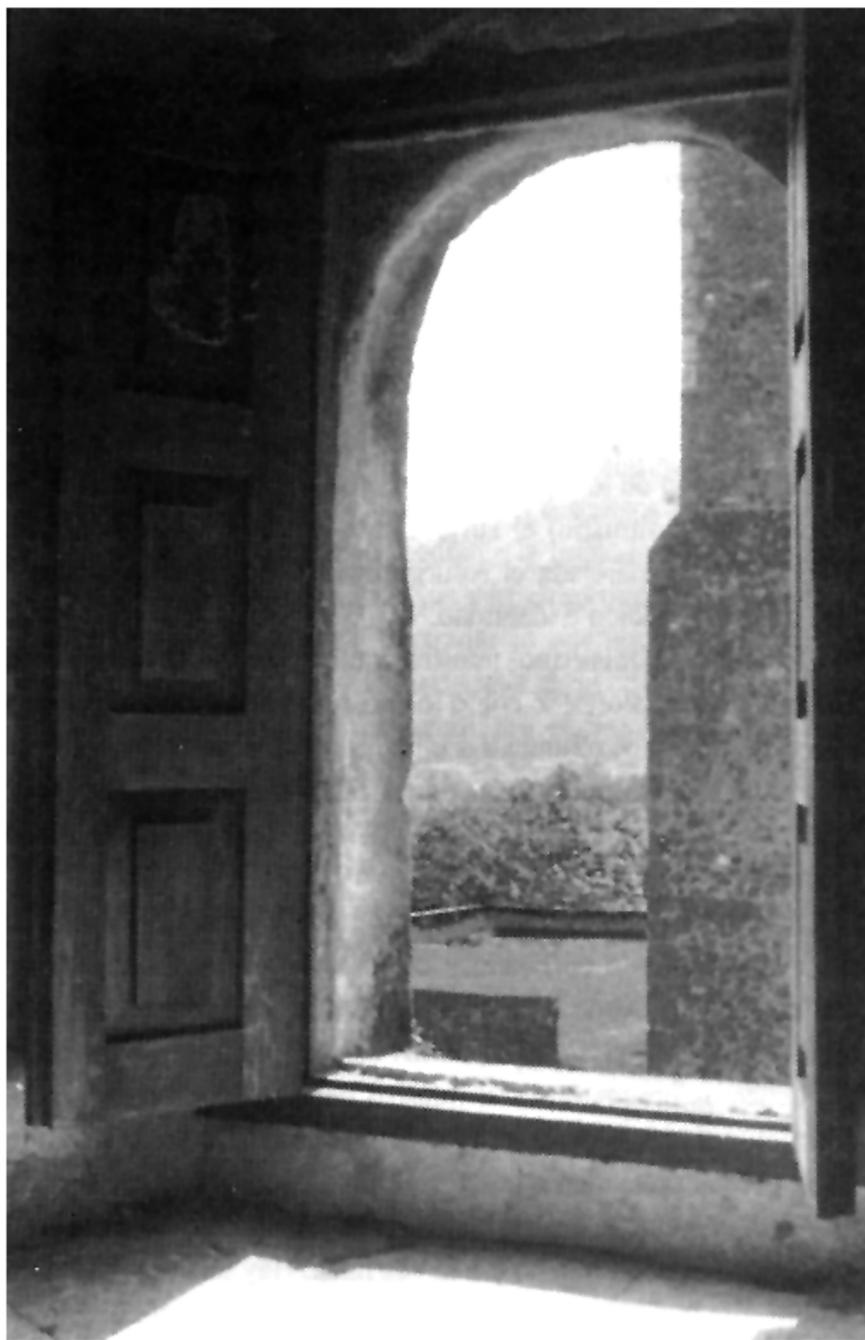
Debido al colonialismo, nuestro contexto se vio involucrado en imitar aquellos valores. Y como los procesos históricos son irreversibles, no podemos renunciar a ellos. Sin embargo, debemos reconocer que todavía nuestras naciones están mal integradas y, además, que son diferentes las ideas que se tienen acerca de dichos valores.

Diría que hay una verdad oficial y política acerca de cómo concebir al patrimonio edificado y otra verdad que proviene de una realidad social. Desde hace algunas décadas se habla mucho de la revitalización y conservación de los centros históricos. Sin embargo, debemos preguntarnos si nuestro deber es conformarnos con definiciones terriblemente neutras que prácticamente no dicen nada, porque pretenden ignorar múltiples implicaciones. Por ejemplo, declarar que X centro histórico es patrimonio cultural de la humanidad es decir mucho y a la vez nada. Hay una realidad indiscutible: ¿de qué humanidad se trata? Por mucha miopía o ignoran-

cia sabemos que no es lo mismo un ciudadano de París o un ciudadano de Somalia. También dentro de nuestro contexto, no es lo mismo un capitalino de una zona adinerada que un capitalino de un barrio marginado o un indígena tarahumara.

Es obvio, la mayoría del patrimonio edificado se ubica en una ciudad ya sea deshabitada o habitada. Hablemos de estas últimas. Desde el surgimiento del capitalismo y la burguesía, el proceso de urbanización mundial se ha acelerado. Alrededor del año de 1800 nada más el 3 por 100 de la población del mundo vivía en ciudades, en 1900 la cantidad creció al 15 por 100; saltó al 33 por 100 en 1950, y se calcula que alcance el 50 por 100 para el año 2000. Entre 1950 y el 2000 la población urbana de los países industrializados se dobla y la del "Tercer Mundo" se multiplica por seis.⁵

Podemos explicar este proceso de diferentes maneras. Hay quienes todavía afirman que se debió a que la humanidad siempre progresa y siempre está preocupada por conseguir para todo el mundo los inigualables beneficios y comunidades urbanas. Pero también se puede afirmar y demostrar que al capitalismo dominado por su sed de ganancia, siempre le ha interesado la concentración urbana porque permite la industria, las finanzas, el comercio y, sobre todo, cientos de miles de consumidores que demandan múltiples necesidades con las que se puede lucrar con medida o sin medida, dado que, indudablemente, hay sociedades más postradas que otras.



Además, nunca hay que olvidar que el traslado del campesino a la ciudad es un fenómeno provocado y no accidental.

Sin duda, los resultados actuales del anterior proceso hablan por sí mismos. Veamos, una ciudad se puede concebir de muchas maneras. Quizá, por ello es preferible definirla de una manera sencilla y humana: una ciudad es una colonia humana en donde los extraños quizá se conozcan. Para que esta definición sustente una verdad, el entorno debe tener una población extensa, heterogénea; la población debe estar unida y no esparcida; las transacciones entre la población deben producir esta interacción masiva, densa y diversa.⁶ Pero ¿qué ocurre con los ciudadanos en la mayoría de las ciudades actuales?, ¿constituyen acaso grupos solidarios entre sí, preocupados humanamente cada uno por el otro? ¿Sabemos que no!

Es indudable que en todas las grandes ciudades, y que desgraciadamente son los ejemplos a seguir que implementan la mayoría de los plutócratas y sus gerentes, el ciudadano es un solitario individualista apenas excitado por la muerte ajena. La frialdad y la indiferencia constituyen sus máximos aprendizajes. La vitrina de nuestros horrores como el deseo, la codicia, la envidia, es silenciada como si no existiera. Es claro que en nuestros prototipos de metrópolis hemos elegido una vida personal desequilibrada y una vida pública vacía. Los urbanistas y los arquitectos nos han ayudado muchísimo a lograrlo, y diseñan ciudades para el automóvil que nos divorcian del contexto, y erradican los espacios públicos mediante modernos muros de cristal los cuales nos aíslan de la vida de la calle, y sostienen edificios que se pueden ubicar en cualquier lugar. Así indican que para diseñarlos nunca tomaron en cuenta el contexto. Diríase que sobre todo les ha interesado "eliminar el espacio público viviente" para atomizar mejor al individuo. Porque cuando el individuo, arrastrado por el egoísmo, el cansancio, o la náusea, elige encerrarse en la torre de marfil de su vida privada y no atender más que sus asuntos personales, el espacio público que abandona rápidamente lo ocupan los manipuladores de masas y los amos del poder. La inhibición social lleva siempre a la implantación de un sistema de manipulación.⁷

Pero el malestar urbano no acaba aquí. Para muchos urbanistas la ciudad sólo es de papel, de láminas, de cromos, de estampas, de "hermosas realidades" en viñetas, y, por supuesto no hay que olvidarlo, de papel moneda. Técnicos y políticos prometen y prometen pero en realidad ya no saben qué, hacer ante los resultados palpables como la destrucción del medio ambiente, el derroche de energía, las enfermedades, el desorden, las toneladas de residuos, la desertificación de territorios circundantes. Pero lo más grave es lo que ocurre con los habitantes: anomia, neurosis, violencia, narcisismo, individualismo, delirios de grandeza, prepotencia, mitomanía, ostracismo, exclusión, racismo, destrucción de la familia y de las redes sociales de solidaridad, extinción del tejido de las relaciones de trabajo, etcétera.

Una pregunta salta a la vista, en nuestro contexto, ¿a quién pertenece el patrimonio edificado?, ¿a una sociedad vuelta indiferente?, ¿a una sociedad que, en su mayoría, su raquítico salario le impide ya no sólo gozar de su patrimonio histórico sino incluso vivir con el mínimo de dignidad?, ¿a un ciudadano cuya ciudad normalmente no le pertenece y ya no digamos su país?



Se puede prometer progreso, revolución tecnológica, eficiencia, excelencia, pero todo serán promesas y mentiras mientras en una sociedad como la nuestra no se tomen serias medidas para convertirnos en una sociedad simplemente más integrada, más solidaria. Por herencia histórica somos una sociedad racista. Nuestras principales ciudades coloniales que tanto nos enorgullecen se diseñaron buscando una segregación social. Estaban los barrios de los señores y los barrios de los indígenas, y la propia arquitectura habitacional volcada más hacia el interior que hacia la calle, nos habla de un rechazo, de una marginación. Hoy mismo, sólo la plebe hace suyos los centros históricos durante las fiestas nacionales. Los señores, grandes y pequeños, de acuerdo con su condición social, festejan comprando en plazas comerciales ubicadas y diseñadas para que consuman de acuerdo con sus ingresos.

Es probable que haya ciudades que regulan su crecimiento, que limitan la especulación, que evitan el consumo excesivo de energía o que la obtienen, por lo menos en parte, de recursos renovables, que no derrochan, que cuidan el entorno, que reutilizan los residuos, que conviven encantados con la naturaleza, que no incentivan el uso y abuso de los automóviles porque su máxima preocupación es el ciudadano y no la máquina, que, por lo mismo, estimulan el transporte público, que no contaminan sus calles con la publicidad, que acogen al visitante con gusto y cuidan y limpian sus espacios, que impulsan por todos los medios la participación de la gente,

que aceptan las iniciativas populares, que les interesa la investigación y la libertad, que protegen a las pequeñas empresas y ponen límites a las grandes, que informan y educan a todos sus ciudadanos, que ayudan a los desprotegidos y los reciben, que repudian el racismo, que atienden el arte, la cordialidad y el amor, y les interesan más los maestros que los policías.⁸

Sinceramente considero que debemos reflexionar hoy y siempre en todo lo anterior, si queremos que fructifiquen nuestras resoluciones y acciones respecto al patrimonio edificado; en caso contrario, no creo que tengan mucho éxito nuestros esfuerzos a mediano y largo plazo.

Notas

- ¹ Lewis Mumford; *Técnica y civilización*; Alianza Editorial, Madrid, 1971, p. 40.
- ² Eduardo Subirats; *Los malos días pasar*; Ediciones Angria. Caracas, 1992, p. 14.
- ³ *Ibidem*.
- ⁴ Noam Chomsky; "Democracia y mercados en el nuevo orden mundial", en *La sociedad global*; Joaquín Mortíz, México, 1994, p. 42.
- ⁵ Ramón Fernández Durán y Pilar Vega Pinado; "Modernización y globalización versus transformación ecológica y social de territorio" en *El futuro de la ciudad entre la miseria y la utopía*; Luis Miguel coordinador. Fundación de investigaciones marxistas. Madrid, 1995, p.69.
- ⁶ *Ibidem*.
- ⁷ Heleno Saña; "La agonía de la sociedad burguesa", en *op.cit.*; p. 53.
- ⁸ Luis Miguel; "Prologo entre la rabia y la desesperanza", en *op.cit.*; p. 43.